

CAPÍTULO OCTAVO.

De lo que cuenta la historia sobre el asalto de los franceses á Santa Inés.

I.

El 20 de Abril de 68, las fuerzas francesas que operaban sobre la plaza, habian logrado penetrar por algunas manzanas entre los puntos del Cármen y de San Agustin.

El convento de Santa Inés se encontraba entre estos reducidos improvisados, formando los tres una línea perfectamente fortificada.

Las fuerzas de Jalisco ocupaban San Agustin. La huerta habia sido convertida en una plaza de combate, en el fondo de ella y por la vía que debian atravesar los asaltantes se elevaba un parapeto, donde estaban establecidas tres piezas de montaña.

Al pié del parapeto estaba un ancho foso que tenia en su lecho algunas minas de bombas y otras de pólvora sobre el *glasis*.

Las paredes laterales en el interior de la huerta habian sido

derruidas, y con sus escombros, hechas trincheras para la colocacion de fuerzas que hirieran de flanco á quema-ropa á los asaltantes.

Inmediata al convento seguia la manzana del *Pitiminí*, contigua al convento de Santa Inés; dicha manzana estaba igualmente fortificada por los ingenieros Troncoso y Ramiro, y la defendian los valerosos cuerpos de Toluca, distinguiéndose el segundo regimiento al mando de Padrés por estar al frente del enemigo.

Santa Inés puesto en tren de defensa por Mariscal, estaba perfectamente artillado tanto en su parte interior como en la exterior.

Las infanterías de Zacatecas tendrian el honor de los combates sobre aquel formidable reducto.

En la huerta se colocaron los batallones tercero y cuarto de aquella division, y toda la fuerza estaba al mando del valiente coronel Auza.

Seguia el convento del Carmen, y las dos manzanas intermedias entre este punto y Santa Inés, habian sido fortificadas por el coronel de ingenieros Cárlos Gagern, y presentaban un aspecto tan sério, que los franceses no intentaron trabajo alguno sobre aquellos reductos.

Ghilardi al frente de las fuerzas de Zacatecas defendia los puntos mencionados.

Decididamente á aquella division le tocaba su dia en esa historia sublime de abnegacion y patriotismo.

Cerca de estas líneas, y como en acecho, se encontraba la division de reserva Negrete, parecia multiplicarse.

Dos minas que partian, la una del convento de San Agustin y la otra de una de las manzanas que ocupaban las fuerzas de Veracruz, hicieron un efecto formidable en las fuerzas invasoras que se acercaban tenazmente á las posiciones.

Por la parte de la Merced habia intentado el enemigo varios

ataques, pero fue rechazado por Antillon con aquellos restos heróicos de la division de Guanajuato y las tropas de reserva.

El fuerte de Santa Anita mandado por Hinojosa era hostilizado de continuo, hasta que el general hizo una salida violenta y atrevida, y arrojó á los franceses hasta su campamento.

El fuerte de Guadalupe tambien era amagado y sus cañones tenían que jugar sobre las fuerzas que lo inquietaban.

Ingenieros y *Zaragoza* permanecian en continuo movimiento, batidos por una batería rayada de á doce, colocada en el cerro del Tepotzúchil y que habia causado algunos estragos en ambos fuertes.

Patoni con las fuerzas de Chihuahua y Durango, se sostenia en *Ingenieros*, desesperado de que los franceses no emprendieran un ataque formal sobre el reducto.

Los zuavos con su sistema de avance, construyendo fosos, habian llegado hasta la garita de Teotimehuacan, practicando igual operacion los cazadores de Vincennes, enfilando los fuertes del *Cármén* é *Ingenieros*.

He aquí la actitud que presentaba la plaza Zaragoza hasta esa fecha avanzada.

II.

El dia 25 por la mañana se notaba una grande actividad en los campamentos, parecia que algun incidente venia á despertar el entusiasmo que se amortiguaba con las vigiliyas y constantes trabajos.

El ataque no estaba aún determinado por el enemigo, las manzanas que daban su frente á San Agustín, Santa Inés y el *Cármén*, se poblaron de infanterias francesas.

Por los parapetos que habian levantado en las calles, establecieron su artilleria, y en los balcones y ventanas de los edificios, se veían parapetados á los cazadores de Vincennes, el 18 de

cazadores de á pié y otros cuerpos de tiradores, mientras que en el interior se encontraban los zuavos y tropas de línea prontas para el asalto.

En la manzana del *Pitimini*, practicaba el ingeniero Sanchez Ochoa una obra subterránea, era una contramina; pues los ingenieros franceses tenían el *tunel* de una mina que haria su explosion en el *Pitimini*, resguardado por el segundo de Toluca.

Se hacian perceptibles los trabajos del enemigo que se dirijan al convento de Santa Inés, que Mariscal intentaba cortarles.

A las cuatro de la tarde el gefe de ingenieros reconoció sus trabajos y el avance subterráneo del enemigo, que era ya tan marcado, que dicho gefe resolvió no separarse de allí hasta la conclusion de sus obras.

A las seis de la tarde, el ingeniero sale vivamente inquieto de aquel recinto, hace llamar al coronel Padrés y le dice: "todo está perdido, los franceses tienen terminado su *tunel* y crucero y en este momento cargan sus minas, cuyos hornillos están bajo nuestros piés, retire usted inmediatamente á la tropa, sitúela usted en el tercer patio, porque el fuego va á estallar y tendremos en seguida el asalto; voy á dar parte al cuartel general."

Ochoa vuelve á la media hora al patio del *Pitimini*, observa que sus órdenes no se han cumplido, insiste en que la tropa está sobre un cráter.

Entonces los soldados ignorando el peligro que los amenazaba, comienza á abandonar el patio.

Quedaban algunos soldados del segundo de Toluca en el *tunel* que trataban de practicar los ingenieros, cuando dos minas que contenian mas de cuatro quintales de pólvora hacen su explosion.

La ciudad se estremece como sacudida por un terremoto, sus piedras y escombros que arrojan tan terribles explosiones caen diseminados en todas direcciones, lo mismo que algunos fragmentos de armas y restos humanos enteramente deformes.

Aquel estallido es la señal de mando en el asalto.

El patio es un monton de ruinas, las paredes todas han cedido á tan formidable estrago; y de los soldados del segundo de Toluca han desaparecido entre los escombros y el fuego *ciento sesenta!*

Oyense los lamentos que parecen exhalar de aquellas piedras desmoronadas.

Las paredes siguen derrumbándose sobre los moribundos y un humo denso flota sobre el campo de aquella catástrofe.

Al estallido de aquella erupcion, responde el clarin de los zuavos y su algazara; la turba de brecha avanza en medio de la oscuridad trepando sobre los escombros y sobre los cadáveres y atropellando á los heridos.

Succede un silencio aterrador, los zuavos caminan con el oido atento y en actitud de desconfianza; parece que los defensores del fuerte han desaparecido.

Llegan los franceses al segundo patio seguros de su victoria, cuando una descarga á metralla les avisa que su enemigo se conserva sereno en sus posiciones.

Una nube de granadas de mano cae entre los asaltantes haciendo un estrago espantoso, las llamas azuladas y rojas alumbran todo el recinto, el terreno está iluminado por pabellones de fuego como los de las auroras boreales en las regiones del polo.

Entonces se perciben claramente á algunos soldados heridos, que apoyados en las piedras del muro hacen fuego al enemigo quitando el parque á sus compañeros que yacen muertos entre la tierra.

Ese cuadro sublime entusiasma á los mexicanos, aquellos restos ensangrentados se arrastran aún sobre los escombros á disparar su último cartucho, esta accion va mas allá de la heroicidad, el mundo no ha inventado la palabra para expresar en el lenguaje humano rasgo de tanto valor y patriotismo.

Los asaltantes se detienen ante aquella defensa inesperada, los fuegos de fusilería los diezman, pero no retroceden, disparan

sin cesar, y ya en los momentos de la derrota llega en su apoyo una columna de zuavos; entonces lanzan hurras de entusiasmo, y entre la tempestad del fuego y sobre las granadas de mano avanzan á la bayoneta.

Los heroicos soldados de Toluca les salen al encuentro y cruzan sus bayonetas; pero el número es inferior y ya ceden á los golpes múltiples de sus adversarios, cuando se escucha el grito de ¡viva México! ¡mueran los franceses!..... Eran Padrés y el ingeniero Ochoa, Berriozábal y Camaño con fuerzas de Toluca y parte de la division de Jalisco.

Toluca, el inmortal Toluca, quiere vengar á sus hermanos, y Jalisco se ostenta como siempre, indomable y heroico en el combate.

Renuévase la lucha, y en un empuje desesperado y gigante arrojan á los franceses fuera de la brecha, gozándose en la matanza; la sangre corre á torrentes y los combates personales son por ambas partes heroicos.

El enemigo vuelve diezmado á sus posiciones.

III.

Generalizose el fuego en toda la línea y los morteros no cesaron de arrojar bombas durante la noche sobre la ciudad.

Así pasó el resto de aquella noche siniestra, que precedió al asalto de Santa Inés.

Llegó por fin el 25 de Abril, dia fecundo en acontecimientos históricos y que la patria recoge en el gran libro de sus glorias.

Los clarines de todas las líneas y puestos avanzados tocaban dianas saludando los primeros albores del dia, el viento sacudia las últimas gazas de la noche, y el crepúsculo esmaltaba las montañas y dibujaba la ciudad en el fondo del horizonte.

Los soldados que ocupaban el convento de Santa Inés, habian

trabajado incesantemente las obras interiores del fuerte, porque el ataque se iniciaba de una manera terminante por aquel punto.

Desde la tarde anterior se percibían las obras subterráneas del enemigo que adelantaban considerablemente; el ruido de perforación no había cesado en toda la noche.

El coronel Miguel Auza en persona, activaba los trabajos, teniendo por compañeros á Gonzalez Cosío, Sanchez Roman que mandaba uno de los batallones que defendían el punto, y otros gefes de Zacatecas.

Serían las cinco de la mañana, cuando la ciudad se vuelve á estremecer y se estremece al estallido de cuatro minas, que casi simultáneamente hacen su explosión.

Aquella erupción despide á grande altura hombres y escombros; las tapias de Santa Inés habían desaparecido, sus ruinas están diseminadas y la calle que da al frente del enemigo obstruida completamente.

El interior de la huerta tiene un aspecto aun mas sombrío que la manzana del *Pitimini*.

Al hacer la explosión, mas de sesenta soldados quedaron muertos entre las ruinas, algunos heridos se arrastran con las piernas despedazadas, y otros casi en agonía, claman por unirse á sus compañeros y morir al pié de su bandera.

Tres piezas de artillería están desmontadas en el centro de la huerta.

Los hijos valientes de Zacatecas no se desmoralizaron ante aquella catástrofe espantosa, saltan sobre los escombros en busca de su coronel que ha desaparecido, lo buscan entre las ruinas y el humo denso de la pólvora que flota sobre aquellas piedras amontonadas.

De repente un alarido de despecho se deja oír en un grupo de soldados; acude la multitud, y encuentra al coronel Auza con el rostro sombríamente sereno, y pugnando por salir de entre los escombros donde estaba enterrado; parecia una de esas

figuras magestuosas del Juicio Final de Miguel Angel que van saliendo de la tumba.

—Viva México! exclama con voz terrible, y se desploma en el suelo ensangrentado.

Los soldados lo toman en sus brazos, y lo sacan de aquel lugar siniestro en medio de un torbellino de fuego que juega sobre el edificio.

IV.

Signe implacable el fuego de brecha para abrir paso entre las ruinas á los asaltantes.

El teniente coronel Gonzalez Cosío cubre con nuevos refuerzos de Zacatecas las bajas tenidas por la explosión.

Las ambulancias recogen á los heridos, y algunos zapadores extraen de los escombros los cadáveres y los moribundos que aun se agitan en el último estertor de la muerte.

Por todas partes hay fragmentos humanos, y algunos de ellos han sido arrojados hasta la plazuela del Carmen.

Al frente del edificio los franceses han establecido una batería rayada que abre sus fuegos poco despues de la explosión. Aquella batería está oculta y parece incrustada en el muro del edificio; sus tiros son incesantes, mientras que todas las paredes adyacentes están cubiertas de aspilleras, los baluartes y azoteas parapetados, dominando el punto objetivo del ataque y los flancos del convento del Carmen.

La plaza está en alarma: las torres, los edificios y parapetos están cubiertos de soldados.

Porfirio Diaz ha ocupado con fuerzas de Oaxaca el punto de San Agustín, y en la manzana del Pitimini yacían firmes los soldados de Toluca, en espera del enemigo.

El Cármen continuaba á las órdenes de Ghilardi, ayudado por el hábil coronel de ingenieros Carlos Gagern.

Berriozábal acudia á todos los puntos ocupados por la fuerza de su division.

Serian las nueve de la mañana, y el fuego de brecha continuaba con mas ardor: los estragos eran inmensos, y abrían una ancha huella mas allá de los destrozos recientes de las minas.

De vez en cuando salían por uno de los lados contiguos á la batería uno ó dos oficiales de ingenieros, acompañados de los zapadores, á reconocer la brecha, y decidir si estaba terminado el trabajo de los artilleros y lanzar á los zuavos al asalto.

En la esquina de San Agustin, y á dos cuabras de distancia del lugar donde el enemigo habia colocado las piezas que batían á Santa Inés, se elevaba un fuerte parapeto en el que estaban establecidas dos piezas de batalla y dos obuses de á veinticuatro, dirigidos por el capitán Platon Sanchez, quien se encontraba ya restablecido de sus heridas.

Aquellas piezas batían constantemente las manzanas ocupadas por los franceses, y estaban destinadas á cruzar sus fuegos á metralla por toda la calle que venia perpendicular al punto por donde debían salir los zuavos al asalto.

La artillería enemiga ya comenzaba á dismantelar el parapeto sostenido por Platon Sanchez; era necesario su reparacion.

Entonces Sanchez Ochoa y el general Alejandro García saltan la trinchera seguidos de los artilleros, y el capitán de Oaxaca Rincon toma un rifle y se encara al enemigo con un denuedo inimitable.

El merlon se repara á toda prisa, mientras el bravo y arrojado capitán sigue disparando sobre los cazadores que lanzan sobre él una lluvia de balas.

Cuando ya el parapeto estaba reparado en lo posible, una bala atraviesa el pecho á Rincon, que cae revolcándose en su sangre.

Los soldados lo levantan, y Porfirio Diaz recoge las últimas palabras de aquel héroe.

V.

Daban las diez y cuarto cuando los obuses entraban en batería sobre el parapeto: los artilleros tienen en su mano las cuerdas adheridas á la cápsula; hay un momento solemne de silencio. Cesa el fuego repentinamente; un jefe de ingenieros franceses atraviesa en direccion á Santa Inés seguido de algunos oficiales y soldados: óyese la gritería de ordenanza entre los zuavos, y mas de mil franceses desembocan en direccion á la brecha, cuando los obuses cargados á metralla barren y arrasan á la columna; el fuego de los balcones se empeña con furor, los soldados de Oaxaca y Jalisco lanzan al aire sus *schacós* y prorumpen en vivas á la patria.

No cesan los disparos en la calle transversal; el general Diaz anima con su presencia á los soldados, y Berriozábal dispara él mismo los cañones, animando el combate con sus gritos de batalla.

El general García lleva una batería que establece por las manzanas del Cármen, para atacar de flanco al enemigo, y Manuel Inclan lleva en persona parque y piezas de montaña, y penetra animoso en el convento de Santa Inés.

Negrete acude con la reserva, en la que se distingue Juan Ramirez con los soldados de Puebla y dos cuerpos mas de Zapatecas, y el valiente Gagern al frente de los Zapadores.

Se oye en el interior del convento un fuego horrible de fusilería, acompañado de disparos continuos de obuses de montaña y explosiones de granadas de mano.

La columna primera de ataque es reforzada, porque el fuego le ha causado grandes estragos; penetra á Santa Inés con un ar-

rojo desesperado, marcando su tránsito con un reguero de sangre y de cadáveres.

El general Douay reforza mas y mas la columna de zuavos, y prepara á los cazadores para el momento supremo.

Luego que los zuavos se ponen sobre la brecha, los arrogantes cuerpos de Zacatecas les disputan el terreno á la bayoneta con indomable furia.

La vanguardia se detiene y ataja el avance de la segunda columna, los zuavos hacen un esfuerzo desesperado; los batallones de Zacatecas vacilan á su vez, porque su número es inferior con mucho al del enemigo; pero no ceden el terreno sin mezclar al torrente de su sangre la de los franceses, que pelean con encarnizamiento.

Ya los zuavos se han posesionado de la mitad del edificio, y sus clarines saludaban á la victoria, cuando penetran como un golpe de huracan otros batallones de Zacatecas, cuyo honor se empeña con heroismo en aquel punto; Palacios y Ghilardi están á la cabeza. Sigue el denodado Gagern con sus Zapadores y Juan Ramirez con los hijos de Puebla, y comienza un ataque á la bayoneta al grito unánime de: ¡Viva México! ¡Viva la libertad!

Allí se disputa el triunfo mas costoso en las escenas todas del sitio; aquel cuadro no podrá pasar nunca á los lienzos del artista, ni á la pluma del escritor.

Entre aquel tumulto de sangre y de matanza, hay un hombre predestinado á grandes acontecimientos, y á quien reservaba el destino para el drama solemne de Querétaro; aquel hombre era el general Escobedo.

VI.

Para distraer la atencion de los mexicanos, el enemigo ataca toda la línea, amagando sin cesar los puntos adyacentes.

En el *Camposanto* pasa una escena terrible; las granadas comienzan á hacer explosion sobre los nichos y á descubrir las tumbas y regar aquellos restos en descomposicion.

Los gases comienzan á emponzoñar la atmósfera, y el contagio es inminente.

Entonces los ingenieros empapan lienzos en cloro y se los atan al rostro, y sigue aquel repugnante espectáculo de despedazar á los muertos, y se ven por todas partes cráneos de mujer mutilados, y girones de ropa, y cadáveres de niños y de hombres, y astillas de ataúdes.

Aquel cuadro no podia contemplarse sin horror.

Por la parte derecha del convento los zuavos se han apoderado de la iglesia y de la portería, por donde hacen disparos continuos. Ya han logrado tomar la artillería del parapeto que dá su frente al Pitimini; entonces por una horadacion sale de la manzana una columna compuesta de los restos de Toluca, y avanza sobre los zuavos á la voz de Padrés y del gefe de los ingenieros. Los gefes se lanzaron los primeros, y seguidos de sus soldados, sin detenerse arrojan al enemigo, y lo rechazan y lo acribillan sin compasion.

Llega Toluca al frente de la portería; Ochoa coloca una pieza de montaña, á cuyo disparo cae aquella puerta que cede á la descarga, y entre el humo y las astillas penetran los valientes batallones llevando á la vanguardia al heroico Mendez, que cae atravesado por las balas de los zuavos.

Los franceses, envueltos en las nubes de pólvora, toman amedrentados el paso de los corredores, donde los reciben á descargas cerradas los soldados del fijo de Veracruz.

Aquel golpe inesperado los desmoraliza, y siguen huyendo hasta entrar en una espaciosa galera, donde hacen un débil esfuerzo, y los acuchillan y hacen prisioneros los mexicanos.

Oyense de súbito algunas fuertes detonaciones en los claustros, como estallidos de bombas y granadas, á cuyas detonaciones se mezclan gritos terribles y alaridos desesperados.

Aquella alarma era producida por mas de doscientos zuavos que buscaban en vano la brecha para huir á su campamento y eran seguidos á la bayoneta por los mexicanos.

Gagern y Ghilardi con Zacatecas han cortado la retirada; entonces los franceses retroceden, y se encuentran con Rifleros al mando de Salazar, que los detiene á la bayoneta. Tornan á buscar la brecha, la encuentran al fin, pero los Zapadores están allí y los rechazan.

Desesperados, jadeantes, con los labios arrojando espuma sangrienta y la vista extraviada, buscan la salvacion entrándose en un corredor de arcos cerrados, y defienden la puerta de entrada con un valor sobrehumano; pero el techo de aquel corredor está poblado de aparatos compuestos de pequeñas tablas, que sostienen en su superficie horizontal numerosas granadas de mano; aquellas tablas, al entrar los zuavos, cambian su posicion en un plano inclinado de rápido descenso, á la vez que se incendian instantáneamente todas las espoletas que comunican su bien calculado fuego, y revientan al caer en el corredor donde estaban los refugiados.

Pasado aquel momento de muerte, los que sobreviven se entregan prisioneros.

Negrete llega á las puertas del convento con la reserva y Alatorre con mas fuerzas de Zacatecas, y deciden los últimos momentos de la lucha en una espléndida victoria.

Aquella jornada, en la que rivalizaron en disciplina, arrojo y decision aquellos batallones, será una página sombría en la historia de la Francia, y un timbre de heroismo para los valientes que supieron poner tan alto el honor de su patria.

VII.

¡Gloria á vosotros, sublimes mártires de la libertad, cuya sangre ha salpicado los derruidos muros de Santa Inés!

¡Gloria á vosotros, que habeis sucumbido en la lucha gigante de nuestra independencia, muriendo al pié de ese estandarte que clavado sobre vuestras tumbas, es la vela que al viento de la gloria llevará vuestro nombre á los mundos del porvenir, entre el himno de cien y cien generaciones!

CAPITULO IX.

El estudiante oyó con terror las primeras detonaciones, tembló ante el peligro, pensó un instante en la fuga; pero después entró en el reposo, desdeñó el peligro y acabó por amarlo.

La tormenta de fuego llegó á regocijarle con una alegría expansiva, feroz, y de una satisfacción audaz y siniestra.

El estudiante se paraba en el silencio de la noche sobre los parapetos delante de su alma atrevida y valerosa, llamaba á gritos á la muerte, no porque deseara que viniere, sino por ostentacion ante su mismo sér.

Después de los combates recorría el campo, y sus plantas resbalaban entre la sangre detenida en charquerones entre los escombros.

Aquello era un vértigo inexplicable, una satisfacción del infierno.

Después su corazón comenzó á converger por el lado del amor patrio; amaba los campos, el cielo, las montañas, el horizonte.

—Todo esto es mio, este conjunto forma la patria, pensaba el estudiante, y sentía celo de ver á los franceses bajo la sombra de los árboles, y apagar su sed en las purísimas linfas del agua.

—Esto es un robo! la sombra y el agua son nuestras nada mas, Dios nos las ha dado.

Aquel sentimiento era una de las facetas del amor patrio en la sensibilidad de los sentidos.

Una reaccion noble y generosa sucedió á esas ideas estravagantes; contempló á la sociedad, anatematizó la fuerza que se opone al derecho, vió la usurpacion de las prerogativas sociales como un atentado, y se infiltró en el espíritu de los héroes.

No eran ya las tumbas de sus padres las que iba á defender, ni la sombra ni el agua, porque la civilizacion abre al extranjero las compuertas del mundo; iba á defender la independencia de su patria, la soberanía de un pueblo, y la propiedad de

CAPÍTULO IX.

La agonía del héroe y la agonía vulgar.

I.

Santiago Gonzalez habia acompañado al general Ghilardi en la defensa de Santa Inés.

El estudiante sintió una conmocion desconocida en su espíritu, vió alejarse los albores de su juventud en el horizonte de la vida, y caer las nieblas de una tristeza profunda en el estrecho cielo de su alma.

Santiago Gonzalez habia tenido una existencia tranquila y apacible, sin pensar en el porvenir, y viviendo con el dia; sus esperanzas se ensanchaban hasta creerse un doctor con una fortuna regular, y nada mas.

Fuera del círculo del colegio, nada le agitó hasta entonces seriamente; pero al espectáculo formidable de la guerra, su espíritu despertó del profundo letargo en que se hallaba, y comenzó á percibir algo desconocido que lo hacia ensancharse como una vela sacudida por el vendabal.

ese suelo tan querido, herencia de sus mayores, en la gloriosa conquista de sus libertades.

Veía que un enemigo poderoso forjaba la cadena de hierro de la esclavitud, y veía al mismo tiempo encadenadas á las generaciones que debían sucederle en ese reflujo constante de la vida humana.

Sublevado el amor propio que se encarnaba en el de la patria, se decidió á morir antes que ceder un solo palmo de tierra al extranjero.

Llegó el ataque de Santa Inés, cuya descripción hemos trazado de una manera imperfecta, y Gonzalez se mezcló con la tropa batiéndose cuerpo á cuerpo con el enemigo.

Cuando los zuavos penetraron en el corredor de los arcos cerrados, Gonzalez entró en pos suya, quedando encerrado con el enemigo.

El estudiante cruzó su espada con la del oficial de los zuavos y reñía con desesperación en aquel duelo á muerte, cuando los proyectiles comenzaron á caer del techo y á hacer una explosión mortífera.

El oficial frances bajó su acero, pero Gonzalez le gritó con voz ahogada: ¡adelante! y el combate se hizo encarnizado y terrible, el estudiante recibió una herida en el costado derecho por la que echaba la sangre á borbotones.

Llevó su mano á contener la hemorragia y continuó hasta arrojarle sobre su enemigo atravesándole de parte á parte el corazón.

Entonces los soldados franceses se precipitaron sobre el estudiante, que se defendió algunos momentos hasta caer acribillado por los marrazos de los zuavos; sus labios palpitaban aún, cuando las sombras de la muerte comenzaron á enseñorearse de aquel rostro dándole un aspecto sereno y de reposo.

Contúvose la sangre que se congelaba al derredor del cadáver, que con los ojos entrecerrados parecía dormir tranquilo el sueño eterno.

II.

En la casa de alojamiento del capitán Martinez, Manolo Balboa velaba por su tesoro, veía acercarse el momento en que debía disfrutar de aquel fabuloso caudal y rogaba al cielo que concediese la victoria á los invasores.

El andaluz se hizo pasar por un hombre tímido y cobarde para que á Martinez no se le ocurriese llevarlo al lugar del peligro como se lo tenía ofrecido.

Acurrucado en el rincón de la caballeriza y repasando en su imaginación las cuentas de su oro y sus billetes, no echaba de menos el alimento que ya iba escaseando en la ciudad.

Manolo se mantenía con la esperanza, pensaba desquitarse de las privaciones que lo habían atormentado durante su existencia y tomar revancha de media vida de pobreza y maltrato.

Una casualidad había llevado á sus puertas la fortuna y Balboa no la dejó pasar; estaba en su derecho, se trataba de un país con el que nada tenía que ver; libre de simpatías y acaso sin comprender todo el mal que causaba, se prestó á la traición y al espionaje.

Como una consecuencia vino la avaricia, pero una avaricia proporcionada á la situación; mucho adquiría y mucho ambicionaba; aquel desgraciado hubiera llegado á los excesos mas grandes por aumentar su tesoro.

El mismo día del ataque de Santa Inés, el andaluz acobardado de una manera horrible, se había refugiado en ese lugar que calentaba á todas horas con su cuerpo.

Ya hemos dicho que las baterías de morteros arrojaban sin cesar sus proyectiles en aquellos momentos de crisis terrible para el ejército expedicionario.

Una de aquellas bombas que despedazaban de continuo los

edificios, cayó de improviso en la casa del capitán Martínez derrumbando el piso alto y estremeciendo toda la casa.

Manolo se asustó, y con ese instinto de la propia conservación, salió corriendo como un desesperado.

La bomba hizo explosión en la pieza que daba sobre la caballeriza, derrumbando una parte del piso que cubrió de escombros el lugar del tesoro.

Manolo se rehizo y tornó al sitio donde tenía sepultado su dinero y sus billetes, y trepó con valor sobre las piedras casi llorando de furor.

Quiso apartar las piedras para poner en salvo su corazón, su sangre, su porvenir, en fin su oro.

El techo amenazaba ruina y una lluvia de tierra anunciaba el próximo desplome.

III.

El capitán Martínez entró en el convento de Santa Inés luego que concluyó el ataque: el bravo guerrillero buscaba á Santiago Gonzalez entre los montones de cadáveres que poblaban aquel recinto, porque de seguro no estaba entre los vivos, toda vez que no había buscado á su querido amigo.

Llegó Martínez al corredor de los arcos, apartó los cuerpos de los zuavos y descubrió al fin á Santiago entre un lago de sangre negra.

Martínez se echó á llorar como un niño, levantó el cadáver del estudiante, le sacudió el rostro, y en la jerga de uno de los soldados lo llevó en dirección á su casa para velarlo y darle una sepultura digna del valiente que sacrifica su existencia en aras de la patria.

Mondoñedo estaba á la salida del convento de Santa Inés cuando salía aquel siniestro cortejo.

—Qué pasa, Martínez?

—Nada, mi comandante.

—A quién llevas ahí?

El guerrillero no respondió.

—Vamos, capitán, qué demonio, cuestión de tiempo!

—Sí, dijo Martínez; pero ----

—De quién se trata?

El guerrillero sacó su pañuelo y comenzó á limpiarse las lágrimas que se escapaban de sus pupilas.

Mondoñedo tuvo curiosidad, y acercándose á los soldados tiró de la jerga y descubrió el cadáver de Santiago Gonzalez.

El antiguo compañero de colegio dió un grito y se arrojó junto á aquel cuerpo mutilado.

—No, no puede ser, esto es mucho, no lo esperaba ---- pobre amigo mio, tan bueno, tan generoso ----

Mondoñedo apartaba con su mano el cabello que caía sobre la frente lívida de Gonzalez.

—Adelante! gritó Martínez desesperado; y los soldados tiraron á andar rumbo á la casa del capitán.

Al llegar á la casa cayó una bomba; los soldados corrieron á la acera del frente dejando al cadáver en el dintel de la puerta.

—Esperen, dijo Martínez; y penetró decidido en el patio de la casa.

Oyó á poco unos gritos, pero no le parecieron de moribundo: internóse en el segundo patio, de donde salían los clamores; avanzó hácia los escombros que acababa de esparcir la bomba, y percibió allá en el fondo oscuro á Manolo Balboa, que con las uñas rascaba la tierra y quería apartar las piedras.

—Aquí, aquí está; quiero morir antes que perderlo!

—Qué pasa, Manolo? gritó Martínez; retírate de ahí que no dilata en desplomarse el techo.

—Quién me habla? ---- Quién me acecha?

—Yo soy, el capitán Martínez.

—No os conozco, fuera, fuera de aquí!

—Manolo se ha vuelto loco, dijo el guerrillero, es necesario sacarlo porque va á perecer.

Y acercándose al andaluz, trató de separarlo del peligro.

Manolo Balboa tomó una actitud desesperante, irguióse terrible, y tomando una gran piedra, dijo á Martinez:

—Si no os alejais de aquí, os abro la cabeza.

—Sosegado! gritó Martinez.

—Que os alejeis de aquí! Me habeis sorprendido mi secreto; fuera, fuera, ó morís á mis manos.

—Quieto, Manolo.

—Que os vayais he dicho! gritó Manolo.

—Que no quiero! respondió con altanería el guerrillero.

—Puesto que me estrechais, vais á morir.

Y lanzó sobre Martinez la piedra, que zumbó como una bala llevándose el sombrero del capitán.

—Está loco este demonio! es necesario salvarlo.

Y se echó fuera de aquel lugar buscando el auxilio de sus soldados para sacarle de aquel sitio.

Cuando Manolo se vió libre de Martinez, tornó á rascar la tierra con desesperacion, sin hacer caso de la lluvia de tierra.

Las vigas se habian incendiado, y los fragmentos se desplomaban sobre el piso, que se derrumbó al fin con un estruendo horrible.

Manolo dió un alarido de condenado al dejar los sesos entre las piedras.

—Ya cargó el demonio con el andaluz! gritó Pablo Martinez; otro dia lo sacaremos, porque toda la casa amenaza ruina.

En seguida llevó el cuerpo de Santiago Gonzalez al cuartel, y al siguiente dia le dió sepultura con todos los honores de ordenanza.

CAPITULO X.

De lo que aconteció el 8 de Mayo de 863 en el campo de San Lorenzo.

I.

Al cabo de cincuenta dias de una resistencia heroica contra los primeros soldados del mundo, resistencia que ocupará una página de oro en los anales militares del siglo XIX y que recordarán con admiracion y gratitud los pueblos celosos de su independencia, los soldados todos de la democracia y del principio republicano, el general Ortega, en jefe del ejército sitiado, profirió el primer grito de alarma.

La plaza de Puebla que en vano habian asaltado repetidas veces bombardeándola dia y noche los vencedores de Sebastopol, Magenta y Solferino; la Zaragoza del Anáhuac, tan heroica é indómita como la Zaragoza española, estaba próxima á sucumbir ante aquel enemigo omnipotente y aterrador que se llama ---- ¡EL HAMBRE!

El gobierno mexicano no podia permanecer sordo ó indiferente á la voz del caudillo que desde los escombros de la plaza sitia-